

LA FAMILIA VINO DEL NORTE

Por Silvia Molina

Manuel fingió estar concentrado en su máquina de escribir y ni la mirada alzó para devolverme el saludo.

—Debí haberte avisado de la muerte de mi abuelo —dije mientras tomaba la pila de periódicos que había acumulado cerca de su mesa de trabajo.

Fui a sentarme junto a la ventana porque me gustaba mirar hacia la calle de vez en cuando. Como dije, sentía cierta curiosidad por los habitantes de Coyoacán: las colas en la tortillería de enfrente, el perico en plena calle (colgado de la rama de un fresno, llamando a gritos a un tal Ramón), el mensajero de la farmacia “echando novia” a la misma hora de siempre con la sirvienta de la casa de junto mientras el pedido permanecía en la bicicleta, la pulquería con su sección de mujeres en donde entraban algunas señoras que dejaban a sus hijos esperando las tortillas...

Creo que al cabo de un rato Manuel se sintió incómodo y también injusto por su silencio. Después de todo era la primera vez que yo faltaba sin avisar. Por eso pienso que terminó interrogándome:

—¿De qué murió?

—De viejo —respondí sin levantar la vista de las tijeras con que recortaba, devolviéndole así la frialdad de su recibimiento.

Tratando de iniciar por segunda vez la conversación, Manuel me preguntó si aquella muerte me afectaba, pero no contesté. Estaba leyendo el encabezado del artículo que recortaba: “Escándalo en la Cámara”. Manuel tuvo que insistir:

—¿Te duele la muerte de tu abuelo?

—Me intriga.

—¿Por qué?

—Porque se llevó su secreto.

—¿Cuál? —dijo interesado.

—No te digo que se lo llevó... —respondí con picardía.

Manuel había girado su silla para apreciarme mejor desde donde estaba. Y me encontró allí, casi recargada en la ventana, como si fuera parte del pretil, un adorno que siempre hubiera pertenecido a la soledad de ese rincón de su biblioteca. De pronto me vio como preguntándose desde cuándo había estado yo en ese sitio. Sentí

que me turbaba y volví a mi trabajo. Y viéndome pegar el artículo en una hoja en blanco, sugirió:

—Algo..., algo debes saber.

Entonces, aventuré descuidadamente, mirando a la calle para no encontrar los ojos que me observaban:

—Estuvo escondido en un sótano más de un año. En mi casa está prohibido hablar de eso.

—¿Qué hacía?

—¿En el sótano?

—No, Dorotea, en la vida —dijo con impaciencia.

—Más bien hizo —le contesté viéndolo directamente a los ojos.

—¿Qué?

—La Revolución: era veterano de la Revolución.

—¿De qué ejército? —quiso probarme.

—Del Ejército del Noroeste.

El espíritu periodístico de Manuel se sintió “picado” con aquella intriga. Apagó su cigarro en el cenicero de su mesa de trabajo y se levantó sin prisa a poner un disco:

—*Sonata para cello y piano número 2* de Fauré —dijo en un solo tono de voz, y fue a sentarse al sillón frente a mí.

Me puse de pie y caminé hacia las bolsas que había dejado sobre la silla de la entrada. Hurgué entre ellas y saqué un disco que había pensado regalarle. Fui a quitar a Fauré y me quejé:

—¡El cello es tristísimo!

Lanzó hacia mí una mirada de horror y no le di tiempo de decir nada porque, imitando su tono de voz, me le adelanté:

—Canción *Novia envidiada*, de Ricardo Palmerín.

Estaba sorprendido pero contento; así que aproveché la oportunidad:

—Te voy a regalar este disco que compré en *Aurrerá: La inmortal trova yucateca*. A veces como hoy no tengo ganas de aprender nada. Además creo que deberías tener un disco de Agustín Lara, otro de Toña la Negra, otro de...

—¡Eh; eh! Sólo por hoy —terminó aceptando complacido aquella ruptura del orden.

La verdad es que yo no tenía ánimo de hacer fichas ni resúmenes, y agradecía que Manuel se hubiera sentado

frente a mí a platicar, por primera vez, desde que trabajábamos juntos.

Me interrogó con naturalidad, espontáneamente, como lo sabía hacer su carácter entrometido e indiscreto. Y con esa afición que lo había llevado al periodismo, me preguntó sobre mi familia, me imagino que para ver si valía la pena la historia del sótano, para saber si no era una de tantas...

—¿Mi familia? —contesté extrañada.

No había nada que me molestara más que hablar de la familia.

—Cuéntame algo...

—No se me ocurre nada.

—¿Quién era tu abuelo?

No sabía por dónde verlo ni tampoco si tenía ganas de hablar de él. Y recordé la figura de Teodoro Leyva, en el último cumpleaños que le festejaron en grande: viejito, debilucho, olvidadizo, con la bola de cuñados y sobrinos siempre sangrándolo (para un coche, mi general; para un viajecito aquí nomás del otro lado; ahora sí, el negocio será un éxito).

Y de pronto ya estaba contándole a Manuel aquel cumpleaños del abuelo:

Me miré a mí misma yendo a la cocina a saludar a la abuela y a Senobia, su cocinera de toda la vida; me sorprendí con el deseo de preguntarle a la abuela cuál había sido su más grande ilusión en esa vida tan monótona: "como el abuelo diga, lo que el abuelo disponga, si el abuelo prefiere...". Y le pregunté a Manuel por qué le enseñarían a las mujeres a negarse, por qué ellas aceptarían.

Las comidas en la casa de los abuelos eran todas iguales, se repetían idénticas como los acordes del piano en un disco rayado. A la misma hora comenzaba la llegada de sus hermanas y sus maridos e hijos, las carreras, los gritos y los llantos de los hijos de mis primas y mis primos.

Reunida la familia, se callaban los rencores, se negaban los resentimientos y los celos. Sólo había algo permitido: la sumisión unánime e incondicional ante el patriarca, el general de división Teodoro Leyva.

En ese momento le expliqué a Manuel que los santos, cumpleaños, domingos y aniversarios en la casa del general Leyva (casa que en realidad había heredado la abuela) fueron cumpliendo un modelo establecido, reservado para el menudo, el pozole de trigo, la gallina pinta, el caldo de queso, la machaca, las tortillas de harina, los tacuarines, el batavete, las coyotas. Y él supo que los salones contemplaban las mismas caras, las mismas actitudes: el mozo con su filipina inmaculada pasando las mismas copas de bacará en la misma charola de plata, el abuelo en la sala mandando callar a los chiquillos, la abuela en la cocina ordenándole a Senobita los últimos detalles, los tíos anclados en la cantina, las tías yendo y viniendo, entrando y saliendo por las puertas de las habitaciones, los primos hablando ratos largos por teléfono, las primas mirando tras el cristal biselado

de las ventanas de la terraza el Paseo de la Reforma.

En todas esas reuniones el aroma de los ramos de rosas flotaba como siempre por todas las estancias, y cualquier movimiento del abuelo sería seguido sin reserva por el Yori, su último e inseparable perro pastor.

Me detuve a describirle a Manuel la salita más escondida de la planta baja, porque recordé las fotografías que las manos de la abuela fueron colgando en esas paredes donde el tiempo se desordenaba como en los sueños, se descomponía al arbitrio del azar en que las fotografías fueron cubriendo los espacios vacíos. Al centro, el bisabuelo recién llegado a Sonora de Sinaloa: había creído que se iba a hacer rico en las minas, y tuvo que conformarse con ser peón de campo y de albañilería, y luego barretero, hasta que se casó en 1894 y se estableció en Navojoa como pequeño agricultor, a veces rentando, a veces mediando... Alto y delgado como yo, en la que según las tías se prolongó su empecinamiento.

Un marquito encuadraba una avenida amplia sin pavimentar, con casitas de madera. Al frente pero un poco de lado, el bisabuelo; al centro, la bisabuela de pie detrás de sus hijos. Quizá fue ésta la primera fotografía que se tuvo de ella porque una amplificación de su cara colgaba en otro sitio de la pared. A duras penas podía creerse que tuviera entonces treinta y cinco años: se veía hecha una anciana. Todos vestían con modestia y llevaban los zapatos empolvados. "Tiempos difíciles", diría el abuelo. En la parte de atrás tenía escrito con una letra temblorosa e insegura: "Navojoa, 1907. El año que llegó el tren". Dicen que la bisabuela envejeció porque los yaquis le mataron a su primer hijo. Dicen que acabó de envejecer cuando la Revolución le arrebató a los otros dos.

—¿Cómo se llamaba tu bisabuela? —preguntó Manuel notoriamente interesado.

—Margarita, Margarita... Villegas de Leyva.

Me apenó lo poco que sabía de ella. Margarita Villegas era sólo una fotografía en la sala de una casa...

En cambio, la otra bisabuela, la rubia, la de ojos azules, con su vestido de encaje, su sombrilla de seda y su educación europea en la postura graciosa, presidía la gran estancia desde su enorme pintura al óleo. Cuánto sabía yo de las haciendas que la Revolución le arrebató, de su colegio en San Francisco, de su ajuar parisino, de sus caprichos, de las joyas que algún día iba a heredar.

Margarita Villegas, en cambio, era sólo una fotografía sepia, un vestido modesto, un escenario distante, un rostro envejecido prematuramente. Hice un esfuerzo para decir algo:

—Creo que nació en Alamos. Su papá trabajaba en una mina. Supongo que en Alamos por aquel entonces todos vivían de la minería.

Allá estaba también el abuelo, de soldado raso: "A mis padres, deseando su perdón". Una mañana ya no amaneció en la casa: se había ido con los maderistas.

Si algo supe del abuelo, se lo escuché unas vacaciones en Cuautla, donde él vivió sus últimos años antes de ne-



cesitar ayuda para todo. Una noche lo había visto desde la ventana de la recámara, caminando alrededor de la alberca, dando vueltas y vueltas para bajar la cena. Pensé que ya le quedaría poco tiempo, y que aquel hombre, mi abuelo, me era en el fondo totalmente desconocido; y tuve el arranque de salir a buscarlo.

Tomé su paso y no dije nada.

—¿Qué te preocupa, Doro? —me interrogó.

—Nada, mi general. Lo vi caminar y me dio curiosidad su pensamiento; a veces creo que habla solo.

—¿Qué va!

—A veces también pienso que como no escribió sus memorias... pues... nadie sabe...

—¿Qué quieren saber?

—Pues lo que vivió en la Revolución; su verdad, abuelo.

—¿Huy! ¿Para qué...?

—Pues por lo pronto para que yo sepa; qué tal si un día tengo un hijo y le pongo Teodoro y luego me pregunta por qué. Le tendría que contar: mi abuelo hizo esto y esto otro también.

—¿Y tú, a quién sacaste?

—¿En qué?

—En lo preguntona, por eso has de ser científica, siempre investigando...

Esa noche, mientras Teodoro Leyva hablaba, las cigarras del jardín se alborotaron y las golondrinas salieron de los nidos a lucir sus siluetas en vuelos rápidos hacia la Luna.

Ese día nos sorprendió el hambre a Manuel y a mí; y ya tarde salimos juntos a comer.



Teodoro Leyva no había tenido ni tiempo de avisar en su casa que se iba al monte con sus amigos, llevándose el caballo y la carabina de su papá. Le advirtieron que andaban metiendo en la cárcel a los que habían aparecido en las listas del partido antirreeleccionista.

Al jefe del movimiento, Benjamín Hill, lo llevaban prisionero a Hermosillo; y quisieron asaltar el tren donde iba, pero no lo alcanzaron. Entonces Teodoro Leyva tuvo la idea de aprehender a Alvaro Obregón, uno de los hombres que tenía más ascendiente con las autoridades, y llegó a la hacienda de Siquisiva con quince alzados. A Obregón lo había conocido en Huatabampo, porque su padre, Teófilo Leyva, había trabajado con él.

—¿Está Alvaro? —así lo tuteó aunque era un chamaco.

El mayordomo de la hacienda le dijo:

—Ahorita le hablo. Está adentro.

—Bueno —le contestó—, dile que lo necesitamos.

Y lo estuvieron esperando pero como no salía, Teodoro Leyva insistió:

-¿Qué pasó con Alvaro?

-Ya Alvaro se peló. Se brincó por la barda de atrás y se fue de Siquisiva, respondió el mayordomo, tuteándolo también.

Años después, Obregón le reclamaría al coronel Leyva.

-Oye, cabrón, ¿de dónde se te ocurrió que yo era de los "científicos"?

-¿Por qué, mi general?

-Porque fuiste a aprehenderme a Siquisiva...

-Efectivamente fuimos a hacerlo prisionero; pero lo que queríamos era canjearlo por el General Hill: él era nuestro jefe.

Teodoro Leyva había escuchado de Benjamín Hill las primeras palabras que lo hicieron pensar en un cambio, con él había recibido a Madero...

Cuando Hill se escapó de Hermosillo, se hizo cargo de la tropa. Teodoro Leyva estuvo bajo sus órdenes, hasta que Madero entró a la presidencia.

Al terminar la lucha, mandaron comisiones a licenciar a las tropas. Muchos de los hombres de Benjamín Hill, unos trescientos, entre ellos yaquis y mayos de Navojoa y de Alamos, no quisieron entregar los caballos, las monturas ni las armas porque eran de su propiedad. Teodoro Leyva fue a decirle al coronel Hill que se iban a sus casas llevándose todo.

-Pueden hacer lo que gusten, Leyva, no me han visto ni me han consultado. Son libres de hacer lo que quieren... si quieren cargar con sus cosas, ¡váyanse! De esto no sé nada.

Pero Teodoro Leyva no duró ni ocho días en su casa; cuando supo que a Benjamín Hill lo habían nombrado Jefe Político del Distrito de Arizpe con sede en Cananea, se fue para allá. Entonces Hill lo nombró su ayudante con el grado de cabo segundo de rurales...

A principios de febrero de 1913 Benjamín Hill le había ordenado:

-Alístate, Leyva, porque nos vamos de vacaciones.

Hill iba a arreglar un asunto pendiente en el Juzgado de Distrito sobre unos terrenos que le habían robado en Huatabampo; pero a los tres días de haber llegado a Hermosillo, exclamó:

-¡Se acabaron las vacaciones, Leyva!

-¿Por qué, mi coronel?

-Porque volvemos a las armas.

-¿Qué pasó, mi coronel?

-Esos hijos de la chingada van a asesinar a Madero y a Pino Suárez.

Cuando se supo que el presidente Madero había muerto, a Hill lo nombraron Jefe de las Operaciones en el Sur de Sonora. Dejó a Teodoro Leyva encargado del Depósito General de Armamento en Hermosillo. Al terminar de distribuir las armas, Leyva se incorporó a las tropas de Alvaro Obregón como Teniente de Infantería. Después de la victoria de Santa Rosa, Obregón le dijo:

-Mire, teniente, se va a ver al coronel Hill, para llevarle instrucciones.

El abuelo se llevó tres yaquis que conocían bien la sierra... y el Ejército del Noroeste fue avanzando hasta llegar a la ciudad de México.

Manuel escuchaba con atención el relato. Me dijo que no había esperado de mí una narración tan bien hilada, y me comentó que le resultaba extraño que yo hablara de Hill con esa familiaridad.

Me quedé pensando un momento y luego le aseguré:

-Es que en realidad lo conocí desde niña: con su pelo negro para atrás, sus anteojos redondos y chiquitos, su bigote bien recortado con la punta enroscadita, con una frente bien amplia: su fotografía estaba en la recámara de mi abuelo, junto con la de su hermano, el teniente coronel Antonio Leyva, quien se fue a la revuelta en 1912. Muchas veces le pregunté a mi abuelo por el general Hill, porque intuía que parte de su secreto debía partir de esos años.

-¿Qué secreto?

-Ya te dije, ¿no?

-No.

-Claro que sí: que estuvo escondido.

-¿No sabes nada más?

-Lo mandaron matar.

-¿Quién?

-Oficialmente, Calles, pero...

-¿Tu abuelo estuvo siempre con Hill?

-Siempre; aunque Obregón lo llamaba muchas veces.

-¿Para qué?

-Pues él pertenecía al Estado Mayor de Benjamín Hill; pero como Obregón y Hill estaban juntos, se lo pasaban para que cumpliera una u otra comisión: "Oye Leyva, vas a incorporarte a la artillería". "Mi general -le dijo a Obregón- si apenas conozco los cañones...". "Tampoco conocías los rifles..."

Yo hablaba con soltura no porque conociera bien la historia de la Revolución sino porque eran cosas que había oído contar muchas veces; y Manuel encontró allí el germen de una historia que no era la oficial sino la humana, e intentaba hacerse un retrato del general Leyva:

-¿Fue obregonista?

-Lo fue. Fue terriblemente obregonista en una época; sin embargo, para él no hubo más jefe que el General Hill. Creo que de veras lo admiraba. Bajo su mando combatió después a los villistas, a los zapatistas, a los carrancistas. Y estuvo con Hill durante la campaña del general Obregón para presidente.

Una vez lo oí decir que, avanzada la campaña, Hill lo llamó: "Oye, Leyva, acompáñame, vamos a Palacio". Al llegar a Palacio tomaron el elevador y entraron directamente hasta donde estaba Carranza. El General Hill saludó al presidente. "¿Qué anda haciendo, general?" le preguntó don Venustiano. "Jefe -le dijo-, vengo a verlo porque creo que todavía es tiempo de que usted vuelva sobre sus pasos, deje que se desarrollen las elecciones cívicamente".



Contaba que don Venustiano ya no lo dejó terminar, que lo interrumpió: "Bueno, general, yo sé lo que hago". "Pues muchas gracias, jefe -decía que se despidió-, éste es mi último apretón de manos".

Mi abuelo mandó la escolta especial del General Hill hasta el día siguiente, cuando Carranza ordenó que fuera a verlo. (Se conocían bien porque después de la entrada a la ciudad de México en 1914, estuvo unos meses en la Guardia Presidencial: "Vas a ir, es un honor que te hace el señor presidente; él me pidió dos oficiales y te he nombrado a ti uno de ellos", le había ordenado el general Obregón). Carranza lo saludó y le dijo: "Mire usted, coronel Leyva: lo he nombrado Attaché Militar en Francia". "Señor presidente -le respondió el abuelo-, no hablo francés. Haría un papel ridículo". "Bueno, si es por eso, entonces se va usted a la Argentina...".

Mi abuelo entendió que quería quitarle el regimiento, la escolta del General Hill, y sacarlo de México; entonces le aclaró: "Señor presidente, bajo mi palabra: si lo que usted quiere es sacarme del país porque soy obregonista, pues debo decirle a usted que la tropa, el regimiento, está a sus órdenes. Puede relevarme a la hora que usted quiera porque soy obregonista. El general

Hill es el jefe de la campaña obregonista y soy hillista. De manera que si cree que soy un peligro con mis tropas, están a su disposición".

Y entregó el regimiento y quedó en disponibilidad en el Estado Mayor del General Hill. Fue entonces cuando sirvió de enlace entre Obregón y Hill para la campaña política.

-¿Cómo sabes todo eso, Dorotea? -me preguntó Manuel.

-Ya te dije: el abuelo me contó algunas cosas aunque nunca le pude sacar lo que quería; otras, las oí hasta el cansancio. El abuelo sentía que iba a traicionar a alguien si se sabía la verdad. ¿Pero a quién? ¿Qué? Quiero saber por qué calló, por qué pasó más de un año encerrado. Un día le dije al abuelo para ver qué decía:

-¿El caso "sótano" es secreto de su otra familia?

-Hay secretos que se olvidan para siempre -contestó sin agregar nada más.

La conversación con Manuel sobre el abuelo me había hecho el trayecto muy corto. Detuve el coche y Manuel se bajó en el *Sanborn's* de San Angel. Había quedado de ver a unos amigos en el bar. Seguí hacia mi casa. Unos segundos antes de llegar, se soltó una tormenta.◇